

quiere el símbolo del nuevo nacimiento ligado a la matriz femenina. Este nacimiento no lo produce ya la mujer terrestre, sino el otro polo de la femineidad: la maternidad celeste simbolizada por diosas precristianas, como Isis y Artemisa, o en la simbólica cristiana por la Virgen María, símbolo de la femineidad no meramente telúrica, sino celeste, que devuelve al origen aquello que tomó y encarnó en la zona de lo terrenal.

El simbolismo femenino es muy complejo y sus valencias no se dan siempre en forma tan nítida o discriminada. Centro de la novela moderna es la mujer y es ésta un elemento más para nuestra tesis de la novela como iniciación, como descubrimiento del inconsciente y como despliegue consciente de un desenvolvimiento que implica riesgo y que producirá, si es plenamente cumplido, el acceso a una conciencia superior. A través de toda la novela de Sábato podemos rastrear el eje semántico de la mujer, cargada con todas esas valencias de salvación en un sentido descendente y ascendente. No olvidemos también que lo femenino es, como dice Jung, «el polo de la conciencia generalmente relegado por la civilización moderna, masculina en muchos de sus actos». Femenina es la intuición como modo de conocimiento contemplativo y receptivo; femenina es la desintegración, necesaria en cuanto muerte, para que pueda emerger una criatura nueva; femeninos son también los aspectos demoníacos y terribles que enfatizan una respuesta moderna a la modernidad racionalista: así el nazismo, el vitalismo descontrolado, las sectas irracionalistas de cualquier índole, que se oponen con la fuerza polémica de la diosa Kali a la supresión del orgullo racionalista. Este aspecto también está indagado y resuelto en la obra de Sábato. Pero femenina es asimismo América, en contraposición con la cultura europea, agresiva y dominadora.

El simbolismo femenino de América se vuelca a nivel popular en la figura de la Virgen, sin ignorar en ella la dimensión telúrica de Pachamama. Para la mente indígena ésta suele aparecer como una Medea, colérica y vengativa, pero la mestización cultural integra esos valores en la imagen conciliadora de María, la femineidad no regresiva, sino integradora y superior. Sólo en ella se resuelven los polos naturaleza y espíritu, tiniebla y luz, arte y ciencia, civilización y barbarie. Remito a *Heterodoxia*, de Ernesto Sábato, para un muy claro y agudo planteo de toda esta problemática.

El itinerario simbólico de Ernesto Sábato culmina en su última obra, *Abaddón el exterminador*, suma poética y discursiva en que confluyen todas las líneas y temas del autor.

Vemos que se entrecruzan en el tejido novelístico de esta obra las historias de Nacho Izaguirre y el sacrificio de Marcelo Carranza, simbólicamente ligados con otras figuras llevadas al plano crístico, en la primera parte. En la segunda asistimos al génesis de estos sucesos y nos internamos en la creación novelística del propio narrador, personaje que nos sumerge en su mundo complejo. El autor nos permite participar en distintos puntos de vista, dándonos acceso a una comprensión abarcadora de los hechos.

Si en *El túnel* el sujeto personal es el que incluye al mundo como totalidad, hecho que condiciona la perspectiva interna confesional del narrador, vemos esta perspectiva ampliada y superada en *Sobre héroes y tumbas*; pero es en *Abaddón* donde la visión del mundo se hace circular y total. Asistimos a un juego de sustitución de identidades en que los personajes juegan como tales, pero se erigen, a su vez, en portavoces del autor, quien pasa rotundamente al primer plano e incluso se introduce como personaje de su propia obra a la manera de ciertos cuadros renacentistas y barrocos. Todo ello obedece a la necesidad profunda del escritor de quebrantar la inmanencia del signo literario y crear una absoluta y visible *continuidad entre realidad y ficción*.

Es una actitud totalmente opuesta a la de aquellos que conciben el arte como impostura, como pura ficción.

Desde el creador omnisciente que maneja los hilos pasamos al narrador como personaje de su propia creación y de éste a sus *fantasmas*, que eso son, en el sentido profundo de la palabra, Bruno, su doble oscuro como su nombre lo dice, pero cada vez más el verdadero y profundo ser que pasa a primer plano; el demoníaco Fernando; Martín; el tácito *R*, que parece ligarse a su lugar natal; Marcelo; Nacho; el «loco Barragán», acaso el más visible portador de la esperanza en este mundo apocalíptico. Esta misma *fisión* de los personajes (con expresión de Luis Wainerman) se reitera en las figuras femeninas: Agustina, Alejandra, Nora, Soledad, María. El mundo subterráneo reaparece, pero no ya como infierno personal, sino como etapa superada por el iniciado, que abre el camino a otros exploradores. Como Rimbaud, Sábato anuncia y reclama la profundización del misterio y la superación de los niveles aparentes del conocimiento.

Su obra formula una teoría del conocimiento que apela a la ceguera y al irracionalismo, pero no para abjurar del mundo y la racionalidad, sino para indicarnos las limitaciones de la lógica y la vastedad impenetrable del universo. Nada casual es, por tanto, su acercamiento ya mencionado al surrealismo, pero por nuestra parte no lo vemos

como una mera adhesión coyuntural, ni mucho menos como una adhesión al movimiento de Bretón, sino como un profundo y progresivo compromiso con corrientes muy antiguas y tradicionales del pensamiento a las que el surrealismo fue capaz de revitalizar e indagar o en algunos casos apenas de señalar.

En una palabra, pienso que Sábato es mucho más surrealista que muchos de los surrealistas europeos y esto es aplicable quizá a toda una corriente latinoamericana de pensamiento. Justamente es en su aproximación profunda y definitiva al pensamiento religioso donde se cumple ese surrealismo que en muchos de los europeos no pasa de ser un «baratillo» artístico, como lo dice Alejo Carpentier.

El mito, el símbolo, el pensamiento analógico, que no son en el fondo, pese a la reticencia de los surrealistas europeos en reconocerlo, sino el lenguaje que corresponde al modo religioso de ver el mundo, son los que pasan a primer plano.

El vuelco de la más importante literatura latinoamericana hacia este modo de pensamiento es ciertamente un acontecimiento cultural de la mayor importancia, hasta ahora ocultado o ignorado por gran parte de la crítica. (En este sentido, algunos de nosotros hemos bregado sin descanso por promover una corriente crítica acorde con el campo en el cual trabajamos y que precisamente sea capaz de relevar esta significación, cosa que nunca podrá ser realizada desde una crítica descriptiva, sino desde una crítica hermenéutica.)

Se trata, entonces, a mi ver, de la emergencia de un movimiento auténticamente religioso, lo cual no significa meramente la predicción de modos de vida más humanitarios y justos, sino también y además de ello, por supuesto, la *instauración de un nuevo estado de conciencia*; es la aceptación de una *super-realidad*, el paso a un nuevo modo de conocer y a una nueva instancia de ser.

En uno de sus últimos poemas, lo anuncia Marechal como el advenimiento del mundo del Espíritu. No es desde afuera y por la aceptación de una verdad cristalizada como esto se viene produciendo, sino por el esfuerzo interior de una muerte a la que debe seguir el nuevo nacimiento.

Por mi parte veo en el ámbito de la novela el campo privilegiado en que nos es dado asistir a este proceso viviente. De ahí que le atribuya cierto sentido ritual, litúrgico y en extremo significativo. La metamorfosis del personaje es síntoma de la metamorfosis del escritor; cuando llega a cumplirse, promueve también en el lector un dinamismo de transformación que lo hace partícipe de una aventura profunda. He allí la importancia que señalo en la novela contempo-